

“Que se vayan a consolar a la iglesia”: juguetes sexuales y performances eróticas entre lesbianas en la ciudad de Córdoba.

Robledo, G y Blazquez G

Gabriela Robledo.

Magister en Antropología Social. Centro de investigación “María Saleme de Burnichón” Facultad de Filosofía y Humanidades. Universidad Nacional de Córdoba.

Correo:gabyrobledo@gmail.com

Gustavo Blazquez

Dr. En Antropología Social. CONICET.UNC. Director del programa “Subjetividades y sujetivaciones contemporáneas” Centro de investigación “María Saleme de Burnichón” Facultad de Filosofía y Humanidades. Universidad Nacional de Córdoba.

Correo gustavoblazquez3@hotmail.com

Cita: Robledo Gabriela y Blazquez Gustavo. 2016. “Que se vayan a consolar a la iglesia”: juguetes sexuales y performances eróticas entre lesbianas en la ciudad de Córdoba.” en Revista *Lúdicamente*, Vol. 5, N°9, Año 2016 mayo, Buenos Aires (ISSN 2250-723x).

Este texto fue recibido 20 de Diciembre de 2016 y aceptado para su publicación 10 de febrero de 2016

Resumen

Este trabajo analiza algunos usos de ciertos juguetes sexuales llamados dildos entre mujeres lesbianas de la ciudad de Córdoba. Para ello, trazamos una breve genealogía de esos objetos y exploramos algunos saberes de un conjunto de entrevistadas en relación a sus prácticas eróticas para aprehender los significados que (se) realizan performativamente en el dildo. Metodológicamente se trabajó con entrevistas en profundidad realizadas durante 2011 y 2012 a mujeres de entre 25 y 40 años, de clase media, estudiantes y/o trabajadoras, residentes en la ciudad de Córdoba.

A través de las experiencias eróticas de las entrevistadas, aprendimos que el dildo permite reescribir de maneras variadas el guion de género oficial que mantiene el binario

hombre-mujer y la penetración vaginal como medidas del sexo ideal. En sus performances eróticas esas

Abstract:

This article analyzes some uses of certain sexual toys so called “dildos” between lesbian women of the city of Cordoba. For it, we offer a brief genealogy of these objects and explore some knowledges of a set of interviewed in relation to her erotic practices to apprehend the meanings that are realized in the performance with a dildo. Methodologically, we interviewed, during 2011 and 2012, twelve middle class, students and / or workers, residents at the city of Cordoba women between 25 and 40 years,.

Across the erotic experiences of the interviewed ones, we learned that the dildo allows to rewrite the script of official gender that supports the binary

man - woman and the vaginal penetration as measures of the ideal sex. In her erotic performances these women were constructing a subjective experience in which the body absorbed the object that stop being a toy to develop part of the mujeres construían una experiencia subjetiva en la cual el cuerpo fagocitaba al objeto que dejaba de ser un juguete para devenir parte del Yo. Las entrevistadas no experimentaban al dildo como un objeto externo y extraño al cuerpo. Por el contrario, planteaban una continuidad entre la carne y el objeto que contradecía el cuerpo diseñado por la modernidad. Dildo de por medio, en sus juegos eróticos, esas mujeres (des)hacían género y cuerpo.

Palabras claves: Subjetividad. Erotismo. Homosexualidad. Cuerpo. Juguetes sexuales.

Self. The women interviewed were not experiencing the dildo as an external and strange object to the body. On the contrary, they were raising a continuity between the flesh and the object that was contradicting the body designed by the modernity. With the dildo, in her erotic games, these women were (un) doing gender and body.

Key words: Subjectivity. Erotism. Body. Sex toys.

Introducción

Si como sostiene Beatriz Paul Preciado en El manifiesto contrasexual “*es tiempo de dejar de estudiar y de describir el sexo como si formara parte de la historia natural de las sociedades humanas*” (Preciado 2011:15), un camino posible es hacerlo a través del análisis de los llamados “juguetes sexuales”. Esos objetos, entre los que se cuentan dildos, vibradores, arneses, dilatadores anales, masturbadores, anillos peneanos, muñecxs inflables, están destinados a un público adulto y se venden a tiendas especializadas o *sex shops*, fiestas privadas conocidas como *Tuppersex* o en convenciones como *Sexpoerótica* que se realiza en la ciudad de Córdoba desde 2005. Su producción mueve masas crecientes de capital global al mismo tiempo que hablar sobre ellos dejó de ser una materia infamante.

En este artículo exploramos las experiencias de una serie de mujeres que utilizaban dildos durante sus relaciones sexuales con otras mujeres. Los datos fueron contruidos a partir de un trabajo de campo sobre sociabilidades lésbicas en la ciudad de Córdoba (Robledo, 2015). Especialmente, a partir de una serie de entrevista en profundidad, realizadas durante 2011 y 2012, con mujeres de entre 25 y 40 años, de clase media, estudiantes y/o trabajadoras residentes en la capital provincial. En los encuentros, las preguntas se concentraron en las preferencias y fantasías de las entrevistadas en relación a los juguetes sexuales, en sus modos de nombrarlos y usarlos, y en las experiencias eróticas con ellos.

El interés por la participación de un objeto en particular, el dildo, en las prácticas eróticas lésbicas resultó en varias preguntas: ¿qué saberes y sentidos construían las entrevistadas en relación al dildo?, ¿cómo se relacionaban esos sentidos con sus performances eróticas?, ¿cómo intervenía el dildo en la construcción de las subjetividades? En otras palabras: ¿Cómo, mujer contra mujer, las entrevistadas hacían género y cuerpo a través del dildo?

La formulación de esas preguntas se ubicaba en el cruce entre el abordaje teórico de la incorporación (Csordas 1990, 1994; Taussig 1993, Haraway 1990), la Antropología de la Performance de Turner (1982,1987), las teorías performativas del sujeto (Foucault 1990, 2002; Butler 1999) y la crítica de las tecnológicas de la sexualidad (Preciado 2011). De acuerdo con las hipótesis que construimos, en los juegos eróticos con los dildos se materializaban performativamente los cuerpos. A través de las performances sexuales el dildo se “incorporaba” cuando los cuerpos acoplados fagocitaban al objeto que dejaba de ser un juguete para devenir parte del Yo. En ese proceso de formación de los cuerpos, se producirían ciertos movimientos sísmicos en el sistema sexo-género y en los guiones sexuales hegemónicos. Con el dildo se hacía cuerpo y deshacía género.

2. JUGUETES

Algunos dildos tienen la forma de penes erectos en general de dimensiones destacadas con una textura y color semejante a la piel humana. En oportunidades son objeto de gran realismo al punto que puede observarse la vascularización externa, los pliegues del prepucio retraído, la tensión del frenillo. Varios de ellos son la copia del pene de algún actor famoso en el star system del porno. Otros objetos abandonan la mimesis del órgano sexual y se presentan como delfines y diablitos de colores¹. Algunos dildos son realizados con materiales plásticos mientras otros son de metal o vidrio. Los hay de color “piel”, negro azabache, transparentes, metalizados, celestes, fucsia, con brillo, opacos. En las estanterías de los sex shops donde se despliega esa variedad se encuentran también los vibradores que comparten con los dildos las principales características, aunque se diferencian porque “poseen un aparato tecnológico que les permite vibrar”.² (Gregori 2004: 235)

Ambos son objetos de uso sexual para ser introducidos en la vagina, el ano o la boca que pueden ser utilizados con la mano, otra parte del cuerpo, o sostenido por medio de un arnés atado a las caderas u otra región anatómica. Algunos tienen una especie de ventosa que le permiten adherirse a una superficie plana y en el caso de los vibradores existen modelos que se mueven en formas imposibles para un pene.

El término dildo es de origen anglosajón y su uso se extendió a diversas regiones, incluida América Latina. La palabra “dildo” en inglés designaba a un instrumento náutico que se utilizaba para amarrar los remos de una lancha. El objeto era de madera, presentaba una forma alargada como los dildos actuales y se introducía en un orificio que las embarcaciones tenían para ese fin. La similitud morfológica de los juguetes sexuales con aquel instrumento hace posible pensar que ese es el origen del nombre.

Esos “juguetes sexuales” formaron parte del instrumental médico que el siglo XIX diseñó para el tratamiento de la histeria, esa misteriosa enfermedad de las mujeres que reunía una multiplicidad de síntomas tales como ansiedad, irritabilidad, desfallecimientos, pérdida de apetito, fantasías sexuales, lubricación vaginal y una tendencia de las pacientes a causar problemas que precisaban de un tratamiento que les brindara relajación.

De acuerdo con el modelo interpretativo propuesto por Hipócrates, basado en la medicina egipcia, la histeria era una enfermedad de la *hystera*, es decir, del útero. El útero era un órgano móvil que se desplazaba por el cuerpo de abajo hacia arriba generando sofocaciones, ardores, parálisis y convulsiones. La histeria se trataba de una afección sexual propia de las mujeres que se manifestaba con unos síntomas difusos que afectaban en especial a las vírgenes y a las viudas. Para evitar esos peligros los médicos griegos aconsejaban a las jóvenes casarse cuanto antes, tener relaciones sexuales y embarazos para que el útero errante regresara a su lugar natural y así calmar el ocio y la ensoñación.

¹ Estos productos se encuentran anunciados en la siguiente página web: http://www.sexshopzonaroja.com/producto-sexshop/vibrador-diablo_605.html Consultado en diciembre de 2011 y en marzo de 2014.

² La traducción es nuestra.

Esa autoridad hipocrática sobre el “útero ardiente” atravesó los dos momentos que Thomas Laqueur (1994) distingue en el análisis de las representaciones científicas del sexo. Tanto durante una primera etapa que se caracteriza por sostener una ontología del “sexo único” (el masculino) como bajo el paradigma del dimorfismo sexual que se inicia en los albores del siglo XVIII, la histeria se consideró una enfermedad asociada con la sexualidad femenina. Esa histerización del cuerpo de la mujer, se constituyó en uno de los cuatro grandes dispositivos de saber y poder que se organizan en los inicios de la Modernidad europea. (Foucault 1990)

La incesante patologización de la sexualidad femenina y los tratamientos sucedáneos del siglo XIX, se inscribían en un modelo androcéntrico de la sexualidad y de la enfermedad, en el cual las relaciones sexuales consideradas sanas daban comienzo con la erección del pene, continuaban con la penetración vaginal y acababan con la eyaculación masculina. (Maines 2010). Ese “guion sexual” (Gagnon 2006) defendido por las autoridades médicas occidentales desde los antiguos griegos, no siempre satisfacía a las mujeres. Según Maines (2010:24) el coito heterosexual, basado en un modelo androcéntrico de sexualidad “normal”, “no conseguía producir orgasmos de manera regular en más de la mitad de la población femenina”.

Ante la evidencia de que “la penetración de la vagina por el pene hasta el orgasmo masculino” (Maines 2010:24) no siempre aliviaba los síntomas de excitación femenina asociados con la histeria, la tarea fue puesta en manos de los médicos. Esos servicios consistían en producir en la paciente un orgasmo o “paroxismo histérico” a partir de la introducción vaginal de objetos fálicos y no contaban como sexo para la ciencia dado que no involucraban la penetración del pene, condición *sine qua non* del sexo decimonónico.

A finales del siglo XIX, se estimaba que nada menos que las tres cuartas partes de la población femenina estaba «falta de salud» y que este grupo constituía el mayor mercado de EEUU para servicios terapéuticos (Maines 2010:25) Esos instrumentales clínicos subsistieron hasta la segunda década del siglo XIX, cuando abandonaron las mesas de los médicos para entrar en el circuito comercial de consumo doméstico relacionado con el placer abiertamente sexual destinado a producir orgasmos en las mujeres.

La compañía estadounidense Hamilton Beach lanzó comercialmente en 1902 el primer vibrador eléctrico para la venta comercial, llegando al mercado con anterioridad a otros electrodomésticos: nueve años antes que la aspiradora y diez años antes de la plancha eléctrica (Maines 2010). Por su parte, la empresa Sears, también norteamericana, se dedicaba en el primer decenio del siglo XX a promocionar una gran variedad de vibradores que se comercializaban bajo tentadores eslóganes como “La vibración es vida”, “Porque tú mujer, tienes derecho a no estar enferma”, “Ayudas que toda mujer aprecia”³. Satisfacción sexual

³ Frases extraídas de anuncios de vibradores en el catálogo Sears, Roebuck and Company, 1918

y salud eran nuevos beneficios y derechos que la industria ponía a disposición de las consumidoras.⁴

Beatriz Preciado, interesada en delinear una genealogía de los juguetes sexuales, observa que ciertos instrumentos, como guantes para evitar el contacto de la mano con el clítoris, los cinturones antimasturbatorios y los vibradores médicos demuestran a las claras que el placer sexual femenino resulta de la operación de dos dispositivos opuestos que operan de forma paralela desde finales del siglo XVIII hasta mediados del siglo XX: las técnicas relacionadas con la represión de la masturbación y las técnicas de curación de la histeria. Ese proceso se encuentra atravesado por la tecnología derivada de la fabricación de implantes prostéticos de manos y de piernas al finalizar la Primera Guerra Mundial, cuyo objetivo fue reinsertar a los sobrevivientes amputados como obreros en las fábricas. Así nació la prótesis denominada “el brazo trabajador” que cumplía la función de “pinza universal” que no se asemejaba a una mano natural porque no seguía un criterio estético sino la eficacia en el trabajo en cadena. Piernas y manos prostéticas, “permitían al cuerpo masculino ser incorporado por la máquina en tanto que instrumento o terminal –humano” (Preciado 2011:108). Mientras tanto, comenzaba la producción de vibradores y dildos que, según Preciado, tuvo su auge durante los años sesenta y setenta, por su masividad y por los diseños ofrecidos, debido a la influencia del movimiento feminista norteamericano.

3.- JUGADORAS

Con el objetivo de analizar los usos y sentidos relacionados con los dildos se realizó una serie de entrevistas en profundidad con mujeres de entre 25 y 40 años, de clase media, estudiantes y trabajadoras de la ciudad de Córdoba, entre los años 2011 y 2012.

En 2012, María era una joven artesana de 30 años. Había estudiado una carrera relacionada con la salud pero no la ejercía. En cuanto a su fachada personal (Goffman 1997) tenía un contextura física mediana, llevaba el pelo corto, apenas unos 3 ó 4 centímetros, vestía una pollera color anaranjada de tela y una camisa de hilo con dibujos hechos a mano. Al preguntarle qué términos empleaban para definirse en relación a sus prácticas sexuales, María se reconocía como “lesbiana de una” aclaró que “estuve con muchos tipos también y me gusta.” Poco antes de la entrevista había regresado de un viaje por Latinoamérica de dos años. Sus gestos corporales eran delicados, medidos, al igual que sus palabras.

Al momento de entrevistar a Silvina, ella tenía 25 años. Era estudiante de una carrera en la Facultad de Artes de la Universidad Nacional de Córdoba. Su estatura de aproximadamente 1.60 mts. aproximadamente, llevaba el pelo por debajo de los hombros y usaba escotes pronunciados. Sus modales eran tímidos, hablaba de modo lento y pausado, por momentos susurraba. La dotación expresiva de su fachada de género (Goffman, 1997) era femenina y así lo autopercibía. Provenía de

⁴ Es posible suponer que esa democratización en el acceso a los objetos sexuales haya implicado una variedad de usos no registrados como por ejemplo su uso entre lesbianas o por parte de varones.

una ciudad del interior de la provincia y hacia cinco años que se había mudado a la ciudad de Córdoba para realizar los estudios que costaba con un trabajo de operaria en un Call Center. Se autonominaba “gay” aunque en el ámbito laboral decía que era “bisexual” como una “estrategia protectora” (Goffman, 1997) para hacer socialmente más aceptable su sexualidad.

Daniela había nacido en un pueblo del norte de la provincia de Córdoba y cuando empezó el secundario se mudó con su familia a la ciudad capital, donde residía. En cuanto a su fachada personal, tenía 39 años, era alta, de contextura mediana y llevaba el cabello lacio y prolijo a la altura de los hombros. En aquel momento usaba un pantalón de vestir color oscuro y una blusa roja, varias pulseras y un collar plateado con inicial. Su fachada de género era femenina coincidentemente con su identidad de género. Ejercía la profesión de contadora pública de manera independiente y compartía una oficina con tres colegas en el centro. Sus modales (Goffman, 1997) eran extravertidos, sociables y me pareció que estaba algo movediza, daba la impresión de encontrarse algo nerviosa. No había tenido relaciones sexuales con varones y se nombraba como una “lesbiana ortodoxa”.

Adriana, otra de las entrevistadas, tenía 40 años en 2011 y era gerenta de personal de una empresa. En relación a su “fachada personal”, era delgada, usaba el cabello largo y desordenado a la altura de los hombros, usaba camisas y pantalones según ella “de hombre”, de marcas reconocidas. Su fachada de género así como su adscripción identitaria eran masculinas. Ella decía que era “torta, o mejor dicho, un chongo”.

Así como esas mujeres no se nombraban de la misma manera y daban cuenta de la heterogeneidad de las experiencias lésbicas, también usaban diferentes términos para referirse a los dildos. Al preguntarle a María si siempre les había dado ese nombre, respondió:

“No. Muy al principio, con el primero que me compré con mi primer novio, hace más de 10 años, eran consoladores. Pero después dejé de llamarlo así cuando me di cuenta que no me consuela nada sino que me hace dar placer. ¡Que se vayan a consolar a la iglesia!”

Cuando se apagó el chispazo de su ocurrencia quedó resonando la idea del juguete sexual como objeto que consuela. Como gran parte de la población argentina, María estaba familiarizada con las doctrinas judeocristianas del sufrimiento y el consuelo. Ese *ethos* y los discursos religiosos, antes que la tradición médica decimonónica se hacía presente en su modo de bautizar a los dildos como *consoladores* y otorgarles la función de brindar aplacamiento y alivio frente a un desconuelo. La supuesta necesidad de un pene para consumir una relación sexual ideal de acuerdo al discurso hegemónico de la heterosexualidad (Rubin 1989) requeriría de un paliativo ante la falta del órgano verdadero o de la deficiencia en su funcionamiento. El *consolador* indicaría esa ausencia de algo o alguien al mismo tiempo que alivianaría dicha falta. Pero, como descubrió con el tiempo, a María aquel objeto no la consolaba sino que le “hace dar placer”. A partir de ese descubrimiento, nuestra entrevistada operó un cambio de posición subjetiva y empezó a llamarlos “dildos”. Por medio del nuevo nombre ella se desmarcaba de

las ideas de consolación y falta para construir una experiencia asociada con la producción de placer.

En el discurso de María, el *consolador* aparece en el marco de una relación heterosexual en tanto *dildo* en relación con sus experiencias lésbicas. Ese desplazamiento semántico del alivio hacia lo lúdico parecía indicar su desafío al mandato hegemónico de tener sexo con un varón y al binarismo sexo-genérico. El locus de placer del dildo - y ya no un consolador - resultaba el protagonista de la performance que subvertía normas de género. Con el dildo no sólo ella penetraba a otra mujer indicando el carácter prescindible del pene sino que el juguete “le hace dar placer”. Para quienes no lo entendieran así, María sugería risueñamente: “que se vayan a consolar a la iglesia”.

Al preguntarle por los juguetes sexuales que había usado y cuáles eran sus preferencias al elegirlos, respondió:

M: Hasta ahora lo que he experimentado son los que son para penetrar, simples o dobles [de dos puntas], de varios tamaños. Y me gustan de las dos formas, penetrando o que para que me penetren. ¡Pero quiero todo lo que hay dentro del sex-shop!

GR: ¿Tenés alguna preferencia en cuanto al color o a la forma?

M: La verdad es que prefiero de color no piel. Me dan como cosita [los de color piel]. Aparte los de piel vienen como con unas venas marcadas así que me dan como impresión.

GR: ¿Impresión de qué?

M: Las venas así, es como ver una mano muy venosa y no me gusta, es raro. Prefiero algo más lisito.

GR: Entonces ¿cuáles te gustan más?

M: Los de colores, rojo, azul. Los que probé tienen forma de pene. Pero me gustaría probar otros que tienen forma de espiral, por ejemplo. Los que vienen con bolitas por ahí están bueno. Para sexo anal están buenísimos. Esos son más chicos. Las maripositas clitorianas también me gustaría probarlas.

Como un buen platillo, el dildo parecía entrar primero por los ojos. Aquellos de “color carne” y “que tenían las venas marcadas” no le producían a la entrevistada una buena impresión. Por el contrario, el carácter hiperrealista de algunos juguetes cuyo diseño hiperboliza eróticamente la irrigación del sistema circulatorio del pene erecto le resultaba desagradable. Ella los prefería “más lisitos” y de colores y quería experimentar con objetos de formas espiraladas. Antes que el sustituto de un pene ella encontraba en esos juguetes una forma de conexión con el cuerpo de su compañera, una experiencia que, como veremos más adelante, llamaba de “doble puente”. Cuando María decía que el dildo le daba el placer de “hacer dar placer” no utilizaba una retórica que atara el dildo al pene. Sus gustos rechazaban la ontología del dildo como la mimesis de un pene que ofrece consuelo ante su falta. María no buscaba en el dildo la copia de un pene original. Incluso, cuanto mayor

fuera la mimesis mayor resultaba su desagrado. Por el contrario, ese juguete encarnaría para ella un “órgano sexual sintético que abre posibilidades inéditas de incorporación y descontextualización” (Preciado, 2011:110), un cuerpo sin órgano de referencia al cual acudir para identificarse o para diferenciarse.

Cuando le preguntamos a Daniela si usaba objetos en sus encuentros sexuales, nos respondió:

D-Sí, a veces. Los chiches me gustan medianos, a veces grandes, pero no me gustan los que son imitación. Tengo dos, uno rojo, el “Diablo” que es de gelly (silicona) que tiene unos cuernitos y el “delfín” uno que es azul y en la punta tiene la cabeza de un delfín.

GR -¿Y siempre los elegís de colores?

D – Sí. No me gustan esos que son como una imitación, porque me gusta la penetración, no fantasear con un tipo. Por eso me compré el diablo y el delfín, que tienen otra forma nada que ver.

G -¿Usas algún elemento para sostenerlos?

D -No, por lo mismo que te decía de la imitación. He probado, pero no me calienta, me parece gracioso. Prefiero sostenerlo o que lo sostengan con la mano o apoyarlo en el cuerpo, o en la almohada.

Como María, Daniela rechazada el carácter mimético de los dildos a los que prefería llamarlos con un término menos técnico y propio del habla cotidiana como *chiche*. Esos objetos de colores y formas variadas eran unos *chiches*, delicados y bonitos, “muy suaves” enfatizaba la página web donde ella los compraba⁵, con los que podía jugar. Los juguetes de formas fantasiosas afirmaban su diferencia y autonomía en relación al pene al mismo tiempo que la entrevistada se desmarcaba de la heterosexualidad. Para ella los *chiches* no debían ser realistas porque no buscaba “fantasear con un tipo”. La asociación que hacía entre utilizar dildos realistas y el sexo heterosexual significaba que para ella el uso de juguetes sexuales entre mujeres no era una parodia del sexo heterosexual. Sin proponérselo, Daniela se oponía a posturas teórico-políticas que consideran una traición el uso del dildo entre lesbianas dado que se estaría reintroduciendo al heterosexismo disfrazado de pene en sus camas. Estas críticas, fueron acertadamente ponderadas por Preciado, quien advierte:

⁵ La entrevistada compraba sus *chiches* en una página de internet de un conocido sex-shop de la ciudad de Buenos Aires que hacía envíos a todo el país. En el transcurso de la entrevista insistió en revelar ese sitio donde el “diablo” era descripto como un “vibrador de gelatina con forma de Diablo y con tacto muy suave. Gracias al regulador que incluye el vibrador, podrás seleccionar en cada momento, la velocidad deseada. Disfrutalo al máximo!! En cuanto al “delfín”, el anuncio reiteraba las características del material con una especificación de la fisonomía y la invitación a disfrutarlo “al máximo”. http://www.sexshopzonaroja.com/producto-sexshop/vibrador-diablo_605.html y http://www.sexshopzonaroja.com/producto-sexshop/vibrador-delfin_604.html. Consultados en diciembre de 2011 y marzo de 2014.

“La teoría lésbica separatista que critica la utilización del dildo, por su complicidad con los signos de la dominación masculina, cree todavía en la realidad del pene como sexo. En esta erótica hiperfeminizante, la ausencia que estructura el cuerpo, fiel a un esquema corporal monocéntrico y totalizante, “guarda luto a la huella del mismo sistema falocéntrico que critica”. (Preciado 2011: 73)

Para Daniela el uso de un dildo permitía la experimentación del placer en la penetración, no para copiar algo sino para crear algo. Con sus *chiches* la entrevistada construía un erotismo ligado al esfuerzo de evitar cualquier indicio de imitación. Incluso rechazaba el uso de arnés u otros dispositivos para sostener el dildo durante la penetración. Montada sobre diablitos y delfines, Daniela se alejaba del ideal regulatorio sexo-genérico y erótico para construir su propio placer por la penetración a partir de objetos que no fingían ser lo que no eran.

No todas las entrevistadas preferían los dildos que rechazaban representar un pene. Ante la pregunta acerca de si utilizaba objetos en sus relaciones sexuales, Silvina dijo que “en el sexo nos gusta usar helados, cremas”. Si bien ella nunca había usado dildos, afirmaba que:

-Lo que me gustaría es que ella [su pareja] usara un arnés con un pene, un dildo, porque me gustaría tener algo adentro. Me gustan los penes más realistas y blandos, color piel. Y con arnés porque me gusta tenerla a Susi arriba, a lo mejor le resultaría más cómodo con manos libres.

Silvina denominaba al dildo como *pene*. Su fantasía era que la compañera “usara un arnés con un pene” que fuese “realista y blando, color piel”. El gusto por la mimesis y la (con)fusión de los nombres que realizaba la entrevistada no suponía que a través del objeto ella fantaseara que su amante renunciara a la propia feminidad. Por el contrario, “a mí gusta ser femenina y que mi pareja también lo sea. Si no, para eso, me busco un tipo” planteó en el curso del encuentro. El “pene realista” colocado en el arnés de su compañera, construía una feminidad incoherente con el ideal regulatorio de género que correlaciona la sexualidad de las mujeres con la penetración de un varón. A través de sus fantasías e incorporando a los juguetes sexuales, Silvina montaba como deseable una feminidad con *pene*/dildo que le permitiera “tener algo adentro”.

Más adelante, la entrevistada continuó:

-Kamasutra nunca hice. Pero si tuviéramos un arnés haríamos varias poses del Kamasutra. Físicamente sería más cómodo con el arnés. Creo que Dios nos hizo perfectos, hizo las poses perfectas con las medidas perfectas. O sea para que el pene [en referencia al dildo] entre cuando una está acostada pasivamente y que el movimiento venga de donde tiene el arnés. Es más cómodo.

La definición de fantasía propuesta por Laplanche y Pontalis (2004) como un guión imaginario en el que se halla presente el sujeto y que representa la realización de un deseo, ubica a la fantasía como un elemento estructurante de la vida psíquica del sujeto, que forma y organiza el psiquismo desde el deseo. Esta perspectiva puede entrelazarse con la teoría de los guiones (Gagnon 2006) y pensar la fantasía

de Silvina como un guión intrapsíquico construido a partir de su deseo que sería, parcialmente, el resultado de su interacción con su compañera en la fantasía y en la vida cotidiana.

En esa fantasía, el cuerpo se adecuaba perfectamente al dildo por voluntad divina. Un dios creador y concededor de los placeres diseñó las poses y los tamaños. Su reflexión contenía toda una vocación al placer, porque al fin y al cabo era Dios quien nos había hecho perfectos. Los dildos antes que mercancías, como eran, o copias miméticas del órgano sexual masculino, *penes*, aparecían como parte del plan divino. Esos objetos se incorporaban a una naturaleza humana perfecta que el arnés podía sostener con mayor comodidad. Esa naturaleza, a contrapelo de la versión hegemónica, ya no incluía varones. En esas fantasías eróticas el dildo y el arnés articulaban la diferencia entre dos posiciones (activa/pasiva) que ya no dependían del género.

Otra de las entrevistadas, Adriana, frente a la pregunta de si usaba de objetos en sus encuentros eróticos respondió:

A- Sí, juguetes, pijas de plástico. Me gusta usarlos a mí, ¿eh? Ni loca me meten nada. Eso es para las minas. Y me gustan grandes, quiero que me sienta toda ahí.

GR -¿Te gustan con alguna características en particular?

A - Me gustan los de color carne.

GR - ¿Y usás algún elemento para sostener los juguetes?

A -A veces me lo dejo puesto adentro del pantalón y otras veces uso un arnés.

En una posición opuesta a la de María a quien el realismo de los dildos le producía una sensación desagradable, para Adriana la perfección mimética y el tamaño eran cuestiones que orientaban su elección de los juguetes sexuales. Esos gustos diferentes podrían relacionarse con las formas de autoperibirse y nombrarse. Mientras María se definía como *lesbiana de una* y cultivaba una fachada de género femenina, Adriana se consideraba un *chongo*⁶ que usaba camisas y pantalones de marcas reconocidas que eran según ella *de hombre*. Adriana se excluía de la posibilidad de ser penetrada y reforzaba el *ethos* de masculinidad cuando asociaba, según un imaginario de sentido común sexual, el placer con el tamaño de lo introducido. “Me gustan grandes para que me sienta toda ahí”. En sus guiones mentales (Gagnon, 2006) el gran tamaño y color naturalista del dildo estaban relacionado con la posibilidad de dar placer a su compañera. Para ella eran una “prótesis del deseo”.

⁶ La categoría *chongo* era una expresión coloquial utilizada en diversos espacios de sociabilidad lésbica y se relacionaba con la dotación expresiva masculina. Podría pensarse como un antecedente de esta categoría a las lesbianas *butch* de los años 20 en Estados Unidos. Aquellas mujeres frecuentaban los bares con sus cabellos cortísimo, actitudes y vestimentas masculinas que en ese contexto histórico obedecían a una estrategia identitaria y política de visibilización, además del propósito inmediato de ser reconocidas por sus deseadas *femmes*, cuya estética era convencionalmente femenina. (Hollibaugh y Moraga, 1992: 443). Para Adriana, ser un *chongo* se asociaba con ser una *torta masculina* que no tenía relaciones sexuales con varones. Decía que “los hombres no me gustan, pero me encanta salir a mirar chicas con mis amigos hétero”.

Como destaca Halberstam (2008), esa masculinidad en cuerpos de mujeres puede resultar muy perturbadora, porque encarnaría una amenaza a la noción de diferencia sexual en tanto desestabiliza los binarios de género. Sin embargo también podía resultar muy atractiva a los ojos de quienes seducían a Adriana: las *minitas*. Con esta expresión la entrevistada se refería coloquialmente a mujeres con una “fachada personal” que involucraba una presentación de género femenina, descrita por ella como “una chica que se maquilla, se arregla, usa carteras y capaz tacos, que es bien femenina”.

Si bien Adriana, prefería los dildos que se presentaban como una mimesis hiperbólica del pene esos objetos parecería indicar algo distinto que no estaría relacionado directamente con la emulación de un pene, Para ella eran una “prótesis del deseo”. Como Silvina, Adriana desestabilizaba el sistema sexo-género y a través de los juguetes ella. Si bien ambas privilegiaban los juguetes miméticos no buscaban en ellos un sustituto del pene sino que encontraban en ellos instrumentos prostéticos capaces de encender su deseo.

Jugadas

En este punto analizamos cómo esas mujeres usaban en sus encuentros eróticos con otras mujeres unos juguetes que más o menos miméticos del pene no lo representaban ni sustituían. Específicamente nos concentramos en las experiencias de una de las entrevistadas, María. La selección de ese relato está dada por la riqueza descriptiva del mismo y el alto grado de auto-reflexividad, desarrollado a lo largo de una entrevista que duró más de ocho horas.

Al avanzar la conversación con María y explorar las experiencias relacionadas con el uso de los juguetes sexuales ella destacó la importancia del arnés.

M- Es re importante [el arnés] porque justamente como no lo sostenés [al dildo], tenés todo el cuerpo libre para moverlo sin necesidad de tener las manos ocupadas en sostener algo. Tiene que ver con las cercanías de los cuerpos. Con el dildo está buenísimo porque sentís el cuerpo de la otra, pero por ahí con la mano se hace más complicado. Lo siento como más alejado con la mano. Me gusta usar arnés porque siento que el dildo está más ligado a mi cuerpo, entonces así puedo sentir la reacción del cuerpo de la otra, la expansión de su vagina, la panza, las tetas....

Si lo tengo en la mano eso se me pierde. Lo siento más alejado. Con el arnés se siente más la reacción del cuerpo de la otra persona; siento si late, si no late. Con el arnés y el dildo hay una parte de mi vagina que siente esa dilatación de la otra vagina y mata eso. Muero de placer.

Además cuando penetro a una chica, los movimientos no son los mismos que con un hombre y tampoco es lo mismo que me penetre un vago que una mina.

GR: ¿Podrías contarme como es esa diferencia cuando estás con una mujer?

M: Los movimientos que tiene un hombre, por más que [el pene] esté pegado a su piel, que sea parte de su cuerpo, no son los mismos movimientos que tiene una mujer. Es que ese accesorio se hace como propio en ese momento. Hay algo de la

mujer; hay otra conexión así, una cosa de energía entre vagina y vagina como que da doble placer. El dildo haría de doble puente.

GR-¿Doble puente en qué sentido?

M- Que por un lado estás penetrando, pero por otro lado sentís esa cuestión vaginal. Mis orgasmos son clitorianos exclusivamente y el dildo no queda apoyado en mi clítoris sino un poco más arriba, lo que se dice el “monte de Venus”, de los pelitos, un poco más arriba. Pero el momento ese de estar con una mujer penetrándola me excito mucho vaginalmente, siento que me late mucho la vagina y que me recontra re mojo.

GR- En ese “doble puente”, ¿cómo sentís al dildo del lado de tu cuerpo?

M- Cuando yo penetro siento una continuación entre el juguete y el monte de Venus. Podría ser como una prolongación del clítoris. Siento mejor los movimientos y la forma que más nos da placer a las dos.

El acabado relato de María nos hacía saber que en la creación de ese otro espacio de placer que sería el “doble puente” la intervención del arnés resultaba fundamental. El uso de ese instrumento permitía ligar su cuerpo al dildo, tener una mayor conciencia de los movimientos corporales, y percibir que una parte de su vagina sentía la dilatación de la otra vagina. El placer parecía tener lugar en un órgano que no le era propio en el sentido de formar parte de su anatomía. Ese órgano no era sólo el dildo sino también el arnés que lo amarraba. Una mercancía reclamaba otra mercancía que ofrecía una mejor performance o mayor *acercamiento*. En esa dinámica que incrementaba el consumo de juguetes y complementos sexuales y aumentaba el placer erótico se reproduciría el “capitalismo farmacopornográfico” (Preciado 2010) y la industria del sexo.

A partir del uso de esos juguetes María construía una experiencia erótica donde la inserción ya no se reservaba para los varones. La penetración podía ser realizada por una mujer o un hombre y las diferencias se daban no tanto en relación a la biología como a la performance. Eran los movimientos de unas y de otros los que hacían esas diferencias. “Por más que (el pene) esté pegado a su piel, que sea parte de su cuerpo”, con el dildo María sentía mejor los movimientos que le daban placer a ella y a su compañera porque “ese accesorio se hace como propio en ese momento”. El dildo/arnés se hacía cuerpo en el encuentro erótico de tal modo que la percepción de los límites corporales y zonas eróticamente resignificadas no se realizaba en relación a un órgano biológico sino con un “accesorio”.

Además de producir placer, los dildos redefinían la corporalidad de jugadoras como María. Sus centros de placer ya no coincidían punto a punto con sus órganos reproductivos, contrariando el imperativo heteronormativo que “recorta órganos y genera zonas de alta intensidad sensitiva y motriz (visual, táctil, olfativa...) que después identifica como centros naturales y anatómicos de la diferencia sexual” (Preciado 2011:22). En el juego sexual, el dildo devenía, en una especie de como si, parte de su propio cuerpo.

De acuerdo con su relato, María apoyaba la base del dildo en la parte superior de su pubis y desde allí percibía una continuación entre su cuerpo y el juguete que describió como una prolongación del clítoris y una extensión de sí misma a través de la cual percibía a su compañera. María aseguraba que el dildo era un “doble puente” porque “por un lado estás penetrando, pero por otro lado sentís esa cuestión vaginal”. Con un tono casi de sentido común ella afirmaba que “sentís si la vagina de la mujer se humedece, sentís esas cosas. O que late, sobre todo cuando acaba, late, eso lo siento a través del juguete”. La conexión que sentía durante la penetración le hacía percibir una expansión en su vagina y en la de su compañera que la hacía “llegar al fondo de lo lindo” y “morir de placer”. Afirmaba: “mi vagina, que por más que me esté penetrando un tipo no la siento, sí la siento cuando yo estoy penetrando a otra mujer con un dildo”

Cuando buscaba las palabras para describir esa sensación, María decía: “a nivel físico, como que va pero que vuelve, algo que también podría ser un espiral alargado”. Esa figura⁷ evoca la idea un *continuum* entre ella, los juguetes y la compañera que tornaría imprecisos los límites corporales. El dildo/arnés materializaría una zona de placer que iba desde su pubis hasta la vagina de su compañera para regresar voluptuosamente a su vagina. En la performances con dildos la entrevistada construía una nueva superficie de placer, una nueva corporalidad, que nombraba como “doble puente”.

Al preguntarle a María cuáles eran para ella los momentos que más disfrutaba por su intensidad al usar un dildo dijo:

La primera parte de la penetración, el primer momento, lo erótico estaría en el entrar al cuerpo de la otra. (Piensa) En el entrar, si en eso, que a su vez también me abre como un cono. La parte ancha del cono estaría en mí, adentro de la vagina y en la parte del medio hasta el final, ahí está el dildo. De la mitad para acá es mi vagina y de la mitad para allá del cono es el dildo adentro de la chica. Hay una continuación con la esencia de la otra persona (...) Como un cono de placer, es compartido. Es mitad en mi vagina y mitad en la otra, y el dildo, que está penetrando a la otra. Es un cono que te une, que sentís un placer que se divide entre mi cuerpo y el dildo ya adentro. Igual también del deseo, porque pensar en el cono y en todo eso, me da deseo. (...) Mi vagina sería la boca más ancha del cono donde se expande la energía, adentro mío, que está súper abierto, desde donde sale todo lo que tengo. Y a través del dildo pasa mi energía a la concha de la otra, como concentrada. Y yo también le meto esa onda, quiero que me sienta, es como una energía vital que traspasa el dildo, hasta llegar bien adentro de la otra. Yo digo que el dildo es un conector. Siento una energía de la otra que va y vuelve.

Con esa nueva imagen, María afirmaba una vez más como el dildo se incorporaba y construía un nuevo territorio de placer, ese “algo compartido donde hay una continuación con la esencia de la otra persona”. El “cono del placer” sería tanto una experiencia perceptiva de una unión entre su cuerpo y el de su compañera como un

⁷ La figura del espiral está compuesta por una línea curva iniciada en un punto que se va alejando gradualmente del centro mientras gira alrededor de él.

espacio tecno-corporal donde se sienten cosas y desde donde se es sentida. En la performance erótica, el dildo formaba un tejido intencional con el mundo cuando reestructuraba la relación entre la silicona y la carne. En ese proceso, el objeto devenía un “conector”. Cuando los órganos reproductivos no coinciden con los centros de placer, se revela la imposibilidad de localizar a la sexualidad en determinadas partes del cuerpo, lo que genera una confrontación con el imperativo sociosexual que como dice Preciado “recorta órganos y genera zonas de alta intensidad sensitiva que después identifica como centros naturales y anatómicos de la diferencia sexual” (Preciado 2011:22). Esta disección anatómica y los usos selectivos de los espacios corporales establecen la base para discriminar entre sexo normal y anormal.

La noción de fluir analizada por Víctor Turner (1982) permite pensar cómo el dildo se hacía cuerpo. El autor presenta dos formas polares de la experiencia: la reflexividad, que permite comprendernos y el fluir asociado con la performances eróticas, deportivas, artísticas. Fluir refiere a una sensación holística, un estado donde nos dejamos llevar por las acciones sin reflexión y en el que parece no necesitarse una intervención consciente de nuestra parte. En la experiencia del fluir se produce una sensación de presente absoluto relacionada con la participación total del sujeto facilitada por la concentración de la atención en un número limitado de estímulos. En el fluir no se distinguen con precisión el Yo del mundo exterior ni los estímulos de las respuestas. Al tambalearse esa “sensación oceánica” se recupera súbitamente la noción del tiempo y se interrumpe la experiencia del fluir que disuelve la conciencia en la acción. (Turner 1982).

En el fluir de las experiencias orgásmicas tanto en los momentos de profunda conexión como cuando “ese accesorio que se hace como propio” el dildo ocupaba una posición liminar entre el cuerpo y el objeto inanimado. La dimensión activa y constitutiva de la percepción de María acerca de la incorporación del dildo realizaba una concepción de corporalidad que no aparecía limitada por la piel. En esa experiencia se materializaba y se creaban nuevas zonas de placer.

Podemos decir que tanto en el “cono del placer” como en el “doble puente” la percepción el dildo era de un “conector” entre la carne y el objeto. En estas performances, el dildo hace posible la creación de nuevos espacios de significación, zonas corporales y nuevos placeres que no pueden comprenderse con la lógica metafísica del dualismo cuerpo-objeto.

Estas relaciones del cuerpo con las cosas pueden pensarse como un desbordamiento, con la doble acepción de salirse de los límites y de soltar los puntos de un tejido. Estas experiencias desbordan el espacio corpóreo y el mundo de los objetos porque en fluir erótico, la silicona se hacía carne y el dildo se hacía cuerpo.

4. Consideraciones finales

A lo largo del texto trazamos una genealogía del dildo que nos permitió ubicar su emergencia en la confluencia entre tecnologías de represión, el disciplinamiento médico de las mujeres y las tecnologías derivadas de la fabricación de prótesis.

Antiguas piezas de instrumental médico, los dildos se transformaron en el siglo XX en parte de las nuevas tecnologías del placer que se democratizaron al ritmo de la reproducción del capital de la industria sexo-pornográfica.

Tanto la oferta de los “sex shop” como la demanda de las jugadoras distinguían entre dildos más miméticos y otros que se alejaban de la representación del pene. Aunque diferenciadas en sus gustos y en sus formas de devenir lesbiana esas mujeres afirmaban que el dildo no era un objeto que consolara o que viniera a recubrir una falta. Para ellas, el dildo, aún cuando copiara al pene, no lo representaba. En sus performance eróticas y fantasías con juguetes sexuales las entrevistadas cuestionaban la “heterosexualidad obligatoria” (Rich 1996) y el binarismo sexo-genérico. A través de los juguetes sexuales articulaban la diferencia insertivo/receptivo al mismo tiempo que la deslindaban de la presencia del pene. Con el dildo, esas mujeres deshacían el género cuando cuestionaban el carácter “natural” de las asociaciones pene-varón-activo y vagina-mujer-pasiva.

Las entrevistadas subvertían el destino de consolador del dildo y lo hacían cuerpo en el fluir de la experiencia erótica que les permitía lograr una transformación de sí mismas. La carne y la silicona intervenían en la creación de nuevas zonas de placer liminares que desdibujaban las fronteras del género y del cuerpo moderno al construir sus propias maneras de placer- saber. Las entrevistadas no experimentaban al dildo como un objeto externo y extraño al cuerpo. Por el contrario, sus palabras muestran que los saberes y sentidos elaborados acerca de la relación entre la carne y el objeto privilegiaban la conexión antes que la separación. Esa experiencia, realizada en y con los juguetes sexuales, contradecía el cuerpo diseñado por la Modernidad que separa nítidamente al sujeto del objeto. Sí, como señala Merleau-Ponty (1994:250), “hay un cuerpo del espíritu y un espíritu del cuerpo y un quiasma entre ellos” las entrevistadas producían en y con los juguetes sexuales ese quiasma. En sus usos, los dildos dejaban de ser mercancía para devenir parte del cuerpo y medios de creación de otras superficies de placer.

Las experiencias de *conexión* y *poses perfectas* hechas por una entidad divina que relataban las entrevistadas desestabilizaban, junto con el género, el binario cuerpo-objeto. Cuando María se auto-percibía y sentía las reacciones físicas y emocionales de su compañera a través del dildo, realizaba una síntesis de las relaciones del cuerpo con las cosas que podría pensarse como un desbordamiento, con la doble acepción de salirse de los límites y de soltar los puntos de un tejido. Sus experiencias con dildos desbordaban su espacio corpóreo y las fronteras entre el cuerpo y el mundo de los objetos. En el fluir erótico, dildo de por medio, se hacía cuerpo. El *doble puente* o el *cono del placer* eran metáforas de la unión sexual y también una superficie corporal, realizada por un objeto incorporado, por donde circulaba el placer entre vagina y vagina.

El juego con los dildos hacia posible la creación de nuevos espacios de significación en relación al género y a las corporalidades. Esas experiencias contrasexuales (Preciado 2011) daban cuenta de algunas incongruencias de la estructura binaria del sistema sexo-género como de la lógica dualista con que se define el cuerpo moderno.

La difusa demarcación entre el juguete y las jugadoras que muestran estos nuevos mapas corporales, reclama abandonar la idea de cuerpo como una base pasiva donde se inscribe lo social para pensar en géneros y corporalidades porosas, ambiguas, que se hacían en la performance del juego erótico.

Bibliografía

BUTLER, J. (2012) *Sujetos del deseo. Reflexiones hegelianas en la Francia del siglo XX*. Amorrortu Ed., Madrid. Buenos Aires.

.....(2000) "Imitación e insubordinación de género", *Revista de Occidente*, núm. 235, diciembre.

CSORDAS, T. (1999). "Embodiment and cultural phenomenology". Gail Weiss y Honi Feru Haber (eds.) *Perspectives on embodiment*. Routledge. Nueva York.

FOUCAULT, M. (1990). *Tecnologías del yo y textos afines*. Barcelona, Paidós.

.....(2008) *Historia de la sexualidad, II "El uso de los placeres"*. Siglo XXI Editores, Buenos Aires.

GAGNON, J.(2006). *Uma interpretação do desejo. Ensaio sobre o estudo da sexualidade*. Rio de Janeiro: Garamond.

GOFFMAN, E.(1997) *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Tercera edición, Buenos Aires, Amorrortu.

GREGORI, M. (2004) *Prazer e perigo: notas sobre o feminismo, sex-shops e S/M*. In: Piscitelli, A.; Gregori, M.F.; Carrara, S. (Orgs.). *Sexualidades e saberes: convenções e fronteiras*. Rio de Janeiro: Garamond.

HARAWAY, D. (1996). *Ciencia, cyborgs y mujeres*. Madrid: Cátedra.

LAQUEUR, T.(1994). *La construcción del sexo. Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*. Ed. Crítica, Colección Feminismos. Madrid.

MAINES, R. (2010) *La Tecnología del orgasmo*, Ed. Milrazones.

MERLEAU-PONTY, Maurice (1994), *Fenomenología de la percepción*, Editorial Planeta, Barcelona, México, Buenos Aires.

PRECIADO, B. (2011) *Manifiesto contrasexual*, Opera Prima, Barcelona.

RICH, A. (1996) "Heterosexualidad obligatoria y existencia lesbiana". *DUODA Revista d'Estudis Feministes* 10. Disponible online en: <http://www.mpisano.cl/psn/wp-content/uploads/2014/08/Heterosexualidad-obligatoria-y-existencia-lesbiana-Adrienne-Rich-1980.pdf>. Consultado 20/08/2013.

SCHECHNER, R. (2000). *Performance, teoría y prácticas interculturales*. Universidad de Buenos Aires.

TURNER, Victor. (1982) *Form Ritual to Theatre: The Human Seriousness of Play*, PAJ Publications, New York.

